

PATRIA Y LETRAS

REVISTA IBERO-AMERICANA

Ciencias y Artes—Historia y Literatura—Agricultura, Industria y Comercio

Director propietario: NICOMEDES MARTÍN-MATEOS



—= SUMARIO =—

Anarquía intelectual, por *Nicomedes Martín-Mateos*.—El algodón, por *Joaquín Olmedilla y Puig*.—Curioso mandato (Decreto del general Castaños).—Poesía inédita de Clarín—Babilonia, por *Nicasio Alvarez*.—¡El niño duermel!, por *Manuel P. Abela*.—Vendimiadores, por *Arturo Pérez Roca*.—Recuerdos del tiempo viejo (El poeta Zorrilla), por *José Velarde*.—Asturianos ilustres, por *R. B.*—Los «luches», por *H. García Luengo*.

ANARQUÍA INTELECTUAL

Más vale muchas veces no tener razón, que tenerla con altanería y orgullo. Una fuerte persuasión, en quien no está pertrechado de humildad, produce enfado é irritación contra los que pretenden contradecirle.

Seamos enemigos de la controversia y la disputa, porque si nuestro adversario no tiene una gran virtud, la misma razón le hará apasionado, satírico, mordaz, etc.

El que no tiene razón, olvida pronto la polémica; pero el que la ha tenido, se complace en recordarla, en estimar su talento, su triunfo; todo lo cual es peligroso sin la humildad. La victoria en las disputas y la diferencia de opiniones, hacen por lo común, despreciar á las personas, y ahuyentar la caridad, que vale más que todas las razones, que todos los partidos, que todas las polémicas.

Hay que sufrir la pena de no ser creído, cuando no hemos tenido el talento bastante para gozar de crédito, ó por nuestras costumbres, ó por el desaliño con que presentamos la verdad. Esto nos recuerda la siguiente anécdota: Un gran capitán griego, fué tenido en un mesón por criado, á causa de su mal traje y á instancias de la posadera que le rogó la ayudase en sus quehaceres; y reconocido que fué en un ministerio tan

desproporcionado á su calidad, no dijo más á los que se admiraron, si no que, pagaba la pena de su mala facha.

Lo mismo sucede á los que no son atendidos cuando tienen razón. Deben pensar que sufren la pena de la poca exactitud de su espíritu, de su poca habilidad en presentar con claridad las cuestiones.

Pero todos estos medios son insuficientes cuando hay prevenciones é intereses de partido, como evidencia entre nosotros la prensa política. La prensa es denominada, pensamiento del país. Su oficio debiera ser la censura de los actos del poder; su autoridad debería ser temible; debiera representar la más honrosa de todas las magistraturas. Escuchad á muchos: la prensa es la luz del tiempo, el faro que todo lo esclarece, la lección que enseña, la crítica que redondea toda cuestión, todo negocio público, toda institución social. Su más glorioso destino es formar el pensamiento nacional, modificarle, reglarle, dirigirle. ¿A dónde? Aquí los conflictos. Parte de la prensa grita, ¡atrás!; otra, ¡adelante!; otra, ¡firmes! Dejadla disputar eternamente, y veréis, que las contestaciones jamás llegan á una solución laudable. ¿Por qué? Doloroso es decirlo; por las prevenciones de unos partidos contra otros; por los encontrados intereses que sostienen; prevenciones é intereses que motivan una oscuridad propicia á la anarquía intelectual. De esta anarquía resultan la *versatilidad* y la *apostasia*. La versatili-

dad es esa inconstancia que no toma consejo más que de la libertad, de la inspiración del momento, del capricho de un hombre, del interés de un partido. La apostasía es hija, las más veces, de la venalidad, y las menos, de nuevas convicciones. Por esta rápida pendiente, la prensa llega á convertirse en un comercio, que no se cuida de la verdad para nada.

No queremos decir que no sea un gran bien para los pueblos que viven de ideas, de grandeza moral, que los hombres más eminentes se constituyan, por medio de la prensa, en consejeros espontáneos de ellos.

Es conveniente que las carreras y los altos empleos que tantas seducciones tienen, no cuenten en sus filas á los grandes pensadores; porque su autoridad y sus buenas luces exigen la más completa independencia. Es utilísimo que estos grandes hombres se consagren á la meditación independiente, al pensamiento libre, á la palabra pura, á la crítica severa. Así sería fácil que los directores de la prensa, fija la vista en las doctrinas políticas de sus países, enlazadas con las doctrinas morales, pudieran sostener polémicas provechosas, con la sensatez y mesura que lo hicieran. El exámen continuo de *todo por todos*, que es el elemento de la prensa, tendrá con el tiempo un juego regular, un desarrollo más fecundo, que el que hoy vemos por desgracia. Pero esa época feliz, no puede ser otra que aquella en que la ética logre subordinar y dirigir á la política.

NICOMEDES MARTÍN-MATEOS.

EL ALGODÓN

LIGERAS NOTICIAS SOBRE SU HISTORIA

Es un motivo de justificada curiosidad, conocer la historia de un cuerpo que tiene tantos y tan vitales usos, que constituye uno de los poderosos elementos sociales, cuyo papel es de primer orden en la industria, de tal manera, que puede decirse que lleva envueltas oleadas de riqueza y una inmensa suma de trabajo y actividad.

La palabra castellana algodón, se deriva del árabe.

El producto es una borra suavisima que cubre las semillas de varias plantas malváceas, á cuyo grupo adjudicó el genio de la botánica, el gran Linneo, el nombre de *Gossypium*, siendo el *herbaceum* la principal planta que produce algodón. Es originario del alto Egipto, pero se cultiva en otros muy distintos y apartados climas.

Es una de las más útiles y beneficiosas plantas. Viven de su trabajo millones de individuos. Así, el pueblo inglés, con su gran conocimiento de la vida práctica, llama *rey* al algodón, para significar su soberanía en la riqueza, por los inmensos capitales que representa la producción de este cuerpo.

Ya en tiempos de Herodoto, llevaban en la India vestidos hechos con algodón. En el siglo I de la Era Cristiana, había en Egipto y en Arabia, fábricas de estos tejidos; pero los griegos y romanos parece ser que no los usaban.

España puede enorgullecerse de haber sido quien cultivó primero en grande escala la planta en toda Europa, y los moros la propagaron con éxito en Andalucía. Los primeros ensayos de aclimatación se realizaron allí en el siglo XII. Abú Zacarías habla del cultivo del algodón en el reino de Granada. Pero fué decayendo paulatinamente después de la expulsión de los árabes, en términos que á fines del siglo XVIII, el algodón era ya muy raro en las huertas de Motril, donde sólo se conservaba como una curiosidad.

Los primeros trajes de algodón, señalados en Europa, cual preciosos objetos, datan del tiempo de las cruzadas.

En los primeros años del siglo XIV se empleó mucho, y á fines de esta centuria hubo fábricas en Italia, apoderándose de la industria Venecia y Milán, que construían preciosos tejidos.

Los Estados Unidos recibieron el algodón por vez primera en 1786 y lo plantaron en Georgia. Era el terreno tan conveniente y apropiado que prosperó el árbol de un modo rápido, y fué necesario multiplicarle para satisfacer los pedidos, hasta el extremo de que en 1839 excedía la cifra de exportación de 150 millones de kilogramos.

Cuando se verificó la conquista de Méjico, hallaron los españoles telas de algodón que hilaban á mano las mujeres; pero es de suponer que no tuviera todavía en Europa gran importancia comercial en aquella época, porque Colón presentó á los Reyes Católicos cuando llegó á Barcelona, muestras de algodón traído de las regiones recién descubiertas, cual si fuera un objeto curioso. Lo que sí es cierto, que los primeros exploradores que fueron con Hernán Cortés, encontraron gran abundancia de algodones en las orillas del Missisipi.

El cultivo del algodón en América, proporciona beneficios más seguros y positivos que los de la caña de azúcar. En el año 1815 se invirtieron en los Estados Unidos en la industria algodonera, 40 millones de dollars.

En los usos de esta substancia, hanse reflejado

igualmente los progresos de la civilización y cultura. Así es que á la rueca y al huso, que era el primer método del hilado, y que todavía se emplea en el Indostán, siguió después el torno y llegó por último el hilado mecánico, en que con extraordinaria economía de tiempo, se consiguen resultados más perfectos, habiendo realizado en este concepto la mecánica, verdaderas maravillas con la aplicación del vapor y la electricidad.

La química ha definido de una manera perfecta, la naturaleza del algodón. Substancia formada por el carbono y los elementos del agua en las proporciones necesarias para formar este cuerpo, es uno de los que se denominan técnicamente hidratos de carbono, que forma la celulosa, predominando la especie llamada *xilosa*. El microscópio, con su poder amplificador, ha revelado que está compuesto de fibrillas aplastadas y retorcidas en espiral, constituyendo un entrecruzado tan especial y curioso, que no se olvida, una vez visto.

Su empleo en medicina, aunque antiguo, es ya de fecha menos remota que sus usos industriales. El algodón cardado le utiliza la cirugía en múltiples conceptos y la farmacia le presenta preparado convenientemente, pero la mayor parte de los medicamentos de que constituye la base, pertenecen á la época actual.

No puede menos de admirarse el poder de la ciencia, ante la transformación que se realizó, convirtiendo una substancia tan inofensiva é inocente como el algodón, en un cuerpo tan explosivo y fulminante, como el algodón-pólvora ó piroxilina. Se descubrió esta substancia por el profesor de Basilea, Schoenbein, en 1846, y recibió por su descubrimiento un premio de 260.000 francos. Con-

virtió el algodón en piroxilina, sumergiéndole en ácido nítrico, lavándolo y desecándolo.

El primero que en París preparó algodón-pólvora, fué el ingeniero civil Morel.

Que el algodón ha sido ya desde lejanos días objeto de predilecto estudio por los hombres de ciencia, lo demuestra el hecho de que la Real Academia de Ciencias de París, premió en 1784 una memoria, acerca del «Ensayo de los caracteres distintivos de los algodones de las diversas partes del mundo y de las diferencias que resultan para su empleo en las artes.» En ella demuestra su autor, que fué Quatremere d'Isjonval, la necesidad que tiene el algodónero de los climas cálidos.

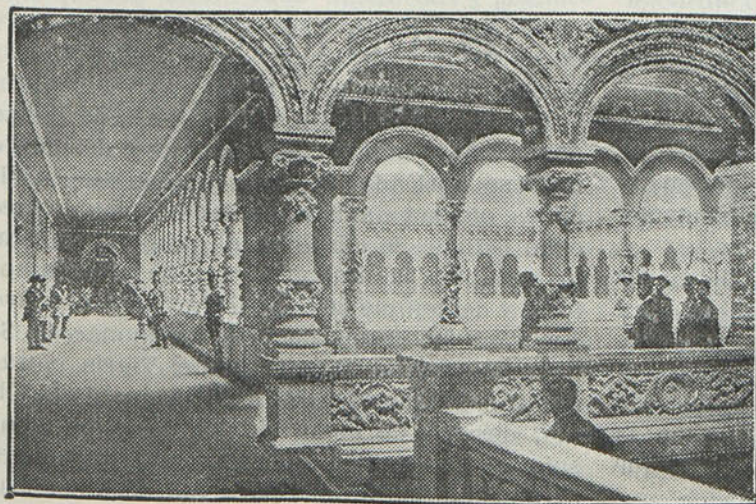
Así es que el tocar el ligero pedazo de algodón, trae á nuestra memoria, lo mismo el suave tejido que presta cariñoso y benéfico abrigo, que los terribles estragos producidos por el fulmicotón, y la formación del colodion que ha servido mucho tiempo para coadyuvar á que la luz fije las imágenes en la cámara oscura, realizando los preciosos portentos de la fotografía.

No es extraño que en 1885 se celebrara en América con grandes fiestas, el centenario de la producción y comercio del algodón, como sucedió con la Exposición realizada en Nueva Orleans el 1.º de Septiembre del referido año, donde en amplios y elegantes salones se exhibían importantísimos productos para conmemorar una fecha tan gloriosa para la industria, recordando el comienzo del uso de un cuerpo que, en medio de su sencillez, presta tan grandes servicios, y que ya los poetas del siglo de oro de nuestra literatura le tomaban como motivo de sus composiciones, cual puede apreciarse en los conocidos y vulgarizados versos que dicen:

Vuestro don, señor hidalgo,
es como el del «algodón»,
puesto que para ser don
necesita tener algo.

Conocer su historia, vale tanto como dirigir una retrospectiva mirada á la unión de lo sublime con lo vulgar, que encierra en medio de una aparente insignificancia, un mundo inmenso de trascendentales resultados y de múltiples trabajos.

JOAQUÍN OLMEDILLA Y PUIG.



ZARAGOZA.—GALERÍA DEL PALACIO DE MUSEOS.

CURIOSO MANDATO

DECRETO DEL SEÑOR GENERAL EN JEFE DE ESTE EJÉRCITO

DON FRANCISCO XAVIER CASTAÑOS

Conociendo ser un mal muy perjudicial á la Santa Religion que profesamos, en cuya defensa hemos tomado las armas; á la Patria á quien deseamos libertar, y del todo contrario á una buena política militar, los muchos excesos que con dolor he advertido en la Tropa, por la compañía freqüente y trato criminal con las mugeres públicas que se presentan cada dia, y acompañan con escándalo el Ejército, cuyas consecuencias se notan ya muy de bulto; y que ademas de irritar en extremo la ira de Dios, debilitan á los Soldados, afean su conducta, y los desproporcionan para el mejor y mas acertado manejo de las armas, haciendose así imitadores de los excesos de los Franceses, cuyas feas abominaciones los hacen con sobrada justicia, aborrecibles á Dios, y á todo el mundo.

Mando que desde luego sean arrojadas de las cercanías de la Tropa todas las mugeres de la clase referida, y que á todas las que se hallasen con los Soldados, sean conducidas inmediatamente á la Casa que fué de Don Joseph Romero, que está en la calle de Sevilla en esta Ciudad de Utrera, para que sean allí corregidas, y escarmienten, confiando del zelo que le es tan propio del Doctor Don Joseph Cansino y Auñon, Cura propio de estas Iglesias de Utrera, que por caridad se ofrece á esta obra de tanto mérito, quien deberá ser atendido y respetado como es justo.

Se hace tambien este encargo á los Padres Capellanes del Ejército para que desempeñando su ministerio con todo zelo y actividad, procuren evitar por todos medios mal tan contagioso.

Los Soldados que se hallaren en semejantes tratos y compañías serán al punto arrestados por la primera vez, y castigados; y si reincidieren experimentarán el mayor rigor irremisiblemente, y tambien los que los protejan.

Creyendo que los Señores Oficiales deben ser los primeros en el buen exemplo que deben dar á la Tropa, y que de sus conductas no tomen ocasión sus inferiores, les pido muy encarecidamente aparten de si esta peste, y las personas que puedan ser de sospecha, y así no verme en la precision de usar de toda severidad y de tener que hacer un escarmiento.

Me parece deberá bastar esta insinuacion para las personas que deben estar penetradas de las mejores máximas, y que saben que seria en vano

congregar Ejércitos, si al mismo tiempo congregamos pecados, con que apartaríamos de nosotros la indispensable proteccion del Altísimo para triunfar de nuestros enemigos en defensa de la Patria, por quien tan honrosamente peleamos.

Se circulará por todas las divisiones del Ejército para que llegue á noticia de todos.

Quartel General de Utrera, á veinte y siete de Junio de mil ochocientos y ocho.

CASTAÑOS.

POESÍA INÉDITA DE CLARÍN

SONETO

Llego á tus pies, mas el respeto mudo
 Todo se lo encomienda á la mirada,
 Y esta ocasión, tan buena para ansiada,
 Trocarla el miedo en mi tormento pudo.

La pasión que te ofende fué tu escudo,
 Pues de tanto querer, no dijo nada,
 Y tu casta inocencia inmaculada
 Hasta que sepa de la ofensa dudo.

Mas algo digo si callando adoro
 Y muerdo del rigor de esta contienda:
 Sin el agravio del pedir imploro.

Fuerza será que tu piedad comprenda,
 Y sin que sepa nada tu decoro,
 Por caridad, á mi dolor atienda.

CRÓNICA

BABILONIA

El cadáver de Babilonia, después de hollado por tantos y tantos conquistadores, después de haberse fabricado con sus reliquias nuevas ciudades, ocupa todavía la vasta extensión de dieciocho leguas. Se admiran allí, aun hoy mismo, los vestigios, las imponentes ruinas de la famosa torre y del templo de Belo, de los colgantes jardines y del fastuoso palacio de los monarcas. Saliendo de Bagdad y costeano el Tigris, entra el admirado explorador en las llanuras de Babilonia, desierta en medio de dos desiertos, donde solo se ven ladrillos, que desde siglos hace, van arrancando los árabes para con ellos construir sus mezquitas y sus casas. Grandes montones de ladrillo al lado de excavaciones profundas dan al lugar, en medio de una perfecta llanura, el aspec-

to grandioso de imponentes montañas y de extensos valles.

Por entre aquel cúmulo de ruinas y despojos, testigos mudos de tantas maravillas, serpentean aún los canales de Nabucodonosor y otros muchos, casi obstruidos. La altísima muralla que Darío, por castigo, redujo á 150 pies y que estaba toda almenada, como lo prueban las medallas, con la efigie del león que vence al toro y la del Júpiter de Tarso, esto es, Belo, está indicada todavía por montañas de ladrillos vitrificados por el fuego del sol, cual si hubieran estado sufriendo los rigores de un grandioso incendio.

Todavía, á la derecha del Éufrates, se descubren los ocho diques que impedían las grandes inundaciones y los restos del puente de Semíramis, de 221 metros de longitud, con sus soberbios pilares de ladrillos. Allí se admira también el *Birs-Nemrod* ó pueblo de Nemrod, el más antiguo monumento de Babilonia, gran colina de escombros de más de 2.000 pies de circunferencia, coronada de una torre piramidal de 35 pies de altura, de ladrillo cocido, arsenal de preciosas vasijas esmaltadas, azules y amarillas: este, parece fuera el gran templo de Belo, al cual concede Estrabón un ámbito de 2.062 pies. Allí encontró Rich el león de granito, símbolo del poder asirio, y Mignan, volviendo á aquellos sitios, halló ya destrozado este monumento de las artes primitivas, descubriendo, no muy lejos, una dorada y colosal estatua de granito. Un edificio, en forma de anfiteatro, señala los jardines de Semíramis, donde se levantan terrados figurando escalones sostenidos por galerías apoyadas en cuadrados pilastres, cuya cavidad está llena de tierra que alimentaba los grandes árboles regados por el agua que allí hacían subir ingeniosas y potentes bombas: el Éufrates movía también los *ascensores* con que subían de uno á otro piso. A tantas y tan preciosas ruinas llaman todavía los indígenas, *el palacio*, y entre ellas, los musulmanes, que no destruyen, aunque hoy no edifican, dejaron subsistir un árbol para atar los caballos ¡único signo de vegetación entre cenizas y escombros, cual anciano que ha sobrevivido al exterminio de toda su familia!

Arbol extraño en aquel país indígena de la India, único y triste recuerdo de las hermosuras de la gran Babilonia. En ningún otro sitio del mundo se contemplan tan de cerca los extremos de la magnificencia y de la desolación. ¡Babilonia!: la metrópoli de la soberbia y del orgullo, la ciudad de las grandes vías, de los esmaltados palacios, resplandecientes á la luz del sol, coronados de verdes palmas, de lozanas y hermosas flores orientales, donde mil barcos surcaban sus cana-

les, mientras de todas partes acudían numerosas caravanas con multitud de camellos, con yeguas, con rebaños y donde los astrónomos observaban el azulado cielo y densas nubes de incienso perfumaban el aire de un hálito embriagador. ¿Y ahora? Ahora, se ha convertido en asilo de los buhos, de los escorpiones y de las más temibles razas de insectos; el chacal arrastra hacia una habitación del palacio de los Arbaces el cadáver del caballo que ha expirado de fatiga en el desierto y el león reposa, seguro y tranquilo, como en su reino, allí donde Semíramis y Sardanápalo acumulaban placeres, delicias, riquezas, crímenes y orgías. Esta es la víctima de todas las tragedias, de las espantosas maldiciones que la justicia del Eterno lanzaba contra Babel por boca del inmortal Isaías: «El Señor y los instrumentos de su cólera vienen de lejos, de los extremos del mundo, para destruirte. Llorad, que el día del Señor está cercano, Babilonia, la gloria de los reinos, el orgullo de los soberbios Caldeos, será destruida como Sodoma y Gomorra. No volverá á levantarse, ni en ningún tiempo será habitada; los árabes no fijarán en ella sus tiendas, ni los pastores sus majadas; sólo servirá de guarida á las fieras del desierto; sus casas se verán llenas de grandes serpientes; la abubilla fabricará en ellas su nido y el avestruz saltará sobre los templos del deleite.» (1)

NICASIO ALVAREZ.

¡EL NIÑO DUERME!

En la pequeña y casi mísera estancia de techo abocardado, mal alumbrado por pobre quinqué de petróleo, solo se escuchan tres ruidos; el uno acompasado, metódico, interminable. El otro, triste, acongojado, desgarrador. Y el último, lento y fatigoso. Estos tres ruidos, son el tic-tac de un antiguo reloj de cuco, los sollozos de una infeliz madre con el alma transida de dolor, y el estertor de un niño en la agonía.

De vez en cuando, asóciase á tales rumores una voz de timbre un tanto seco, pero no por ello desprovisto de cierta ruda ternura, que exclama:

—¡Vamos! Señora Mercedes, cálmese usted.

La señora Mercedes, incorpora un tanto su despeinada cabeza de cabellos negros y abundantes, salpicados de algunas canas, de rostro pálido, de ojos grandes y hermosos, aunque velados por el llanto y surcados de prematuras ojeras de color azulado, interrumpe momentáneamente un

(1) Isaías, cap. XIII, 3 y siguientes.

sollozo y después de mirar con atención á su interlocutora que se halla sentada frente á ella, abate su blanca frente, y rompe á llorar de nuevo.

De repente, cesa el estertor del pequeño enfermo.

La madre se incorpora en su asiento, inclina su cuerpo hacia el niño, palpa su frente pudorosa acerca su oído al pecho del pequeñuelo y un estremecimiento nervioso agita todo su ser. Quiere hablar y no puede, su llanto ha cesado.

Lanza una mirada de extravismo en derredor, y se deja caer sobre la silla, donde permanece inmóvil, con la vista fija en el rostro del pequeño que acaba de exhalar el último suspiro.

* *

Una lijera llovizna salpica los cristales de la estrecha ventana que apenas alumbra la estancia donde reposa el cadáver del pobre niño.

La madre permanece aún sentada al borde de la camita, muda é inmóvil, con la mirada fija sobre el pálido rostro del pequeñuelo.

Ni una sola lágrima cruza sus mejillas, cual si el dolor hubiere agotado su llanto.

Varias mujeres, vecinas y amigas, entran y salen en la estancia, contemplan á la madre y al niño, pero todas guardan silencio. Algunas de las más allegadas y sensibles se limpian los ojos con el dorso de la mano ó se los enjugan con la punta del delantal.

* *

En el reloj de *cuco* que sigue haciendo oír impertérrito su monótono tic-tac suena una hora.

—¡Las once!, exclama una de las vecinas.

Otra de ellas se asoma á la estrecha ventana y permanece en ella.

El cuerpo de la madre se agita con un ligero estremecimiento nervioso, pero.... nada más.

Poco después, la vecina que contempla la calle desde la ventana, dice: ¡Ya vienen!

Momentos más tarde penetran en la estancia dos hombres de aspecto un tanto lúgubre, de rostro serio, de labios silenciosos. Son los de la funeraria.

Uno de ellos avanza hacia la cama é intenta apoderarse del niño. La madre entonces rápida, se incorpora, se interpone entre los dos, rechaza con fuerza al atrevido y colocando un dedo extendido sobre su boca, exclama con voz tenue.... misteriosa...

¡Chis!... ¡Silencio! ¡El niño duerme!

MANUEL P. ABELA.

AIRES DE ALDEA

VENDIMIADORES

Entre las verdes y picudas hojas de las cepas blanquean racimos de apretujadas uvas. Unas aún son verdes, otras empiezan á enrojecerse.... en algunas cepas las hay ya doradas.

Carretera abajo viene un viejo cabalgando en una mula de labor; llega á las viñas, se apea y ata el ramal de la mula á una cepa. El vejete, ágil á pesar de sus años, atraviesa por senderillos todo el viñedo. De vez en vez, dobla su cuerpo hacia la tierra y corta, con mugrienta navaja, un racimo, el que más en sazón le parece que está, lo levanta en alto y al contemplarlo, murmuran sus labios.

Después ha seguido recorriendo todo el viñedo hasta una chocilla hecha de paja, sarmientos y barro... como nido de pájaros cantores. Allí estaba el guarda, se han saludado el viejo y él, después se han sentado á la entrada de la chocilla y luego de encender unos pitillos negros, gordos y mal liados, han charlado del pueblo y sus chismes, de las tierras, de sus amos.

Al poco rato se levantan del suelo, tiran las colillas de los pitillos y se dirigen hacia la mula, entretenidos antes en cortar otros *racimillos*.

La mula desgaja las ramas de las cepas en que está atada, ya llegan guarda y viejo; éste subiéndose antes á un alto de piedras se monta en su mula, coloca cuidadosamente las uvas, y con voz gangosa y pausada pronuncian sus labios: —Adios, hasta la *guella*...—al tiempo que arrea á la caballería y sigue carretera abajo... hacia otro viñedo á cortar los racimos, y á echar un vistazo á los melonares...

Esta visita la hacen los criados de todas las casas del pueblo en cuanto se acerca la época del vendimiaje.

* *

Llega la vendimia.

La mañana es sin sol.

Desde allá lejos se les ve venir todos juntos, unos con carros, otros con esqueléticos borriquillos de andar pausado; más allá viene otro grupo... Vienen despacio, el barro se agarra á sus zapatones. Ya están cerca; ya se oye el chirriar de los carros y el paso de las caballerías. Las secas y amarillas hojas crujen al paso de la caravana.

El sol sale. Empiezan la faena, unos con tijeras, otros con navajas empiezan á cortar racimos que luego van echando en cestos cilíndricos, en esportones, en las cestillas.

circunstancia de que es más fino cuanto menos de ellas se pone.

Conservación y envejecimiento artificial del vino. Se consigue por medio de la pasteurización, llamada así por haber sido Pasteur el primero que aconsejó este procedimiento para matar los organismos vegetales del vino y asegurar su conservación. Se introducen las botellas del líquido en el baño-maría á la temperatura de 60 grados, durante diez á doce horas, con los tapones flojos para permitir la dilatación del vino; luego de enfriarse se hacen entrar éstos á golpe de mazo para que tapen bien é impidan la entrada del aire. Este es un método verdaderamente científico y el más eficaz para el mejoramiento y conservación de los vinos. Por desgracia, no se puede aplicar en grande escala, debido á lo costoso de los aparatos necesarios que exigen además un local especial.

La elaboración del aguardiente en este partido, es si cabe, más deficiente que la del vino, pues todavía continúan usándose los primitivos alambiques ó alquitaras contruídos en el país que ni siquiera tienen serpentín, colocando el refrigerante encima de la misma caldera, lo que dá lugar á que se desperdicie una gran parte de los vapores espirituosos por no darles tiempo á que se enfrien. La casi totalidad del aguardiente elaborado se extrae del orujo ó casca, cuya circunstancia unida á la imperfección de los aparatos destiladores, comunica á los aguardientes del país un sabor empireumático que solo puede hacerse desaparecer (y no del todo) con una nueva destilación. (1)

El líquido que sale de ésta, se aplica al encabezamiento del vino y al mejoramiento del aguardiente común por el anisado, sin cuya adición serían harto desagradables al paladar.

Para evitar estos defectos, lo único eficaz sería:

1.º Extraer el aguardiente del vino y no de las cascás, sobre todo los años en que éste se vende barato.

2.º Emplear verdaderos alambiques, como por ejemplo el llamado de Esteve (por no citar otros modelos más complicados y costosos,) que no cuesta más de ciento sesenta pesetas, es sencillo, de uso cómodo y eficaz; no ocupa entre la caldera, la columna y el refrigerante más que un metro de alto por treinta centímetros de ancho y puede destilar una pipa de vino al día, no nece-

sitando agua, pues el mismo vino sirve de refrigerante. (1)

Los cosecheros que quieran destilar vino, han de tener presente que: 1.º Los vinos de más fuerza alcohólica son los mejores, en cuanto á la cantidad de aguardiente, pero no en cuanto á la calidad, que es inferior á la de los vinos flojos. 2.º Los vinos tintos producen aguardiente menos suave y agradable que los blancos. 3.º Lo mismo unos que otros producen más alcohol cuando han fermentado en gran cantidad. 4.º Aquellos vinos cuya fermentación ha continuado por mucho tiempo, dan menos alcohol que los que han cocido menos tiempo, en igualdad de circunstancias. 5.º El aguardiente extraído de vinos que han estado mucho tiempo, en vasijas destapadas ó en bodegas demasiado calientes, se tuerce y afloja con facilidad. 6.º En los años lluviosos y fríos los vinos suministran menos aguardiente, pero es de mejor calidad, mientras que en los años cálidos y secos producen más, pero de peor calidad. 7.º Si los vinos son dulzainos, conviene dilatarlos con suficiente cantidad de agua, y aguardar á que fermenten un poco más para destilarlos, pero teniéndolos bien tapados. 8.º Si después de la vendimia se cree que el vino saldrá demasiado acuoso, se echa en la vasija donde vaya á fermentar una cantidad proporcionada de miel común. (2)

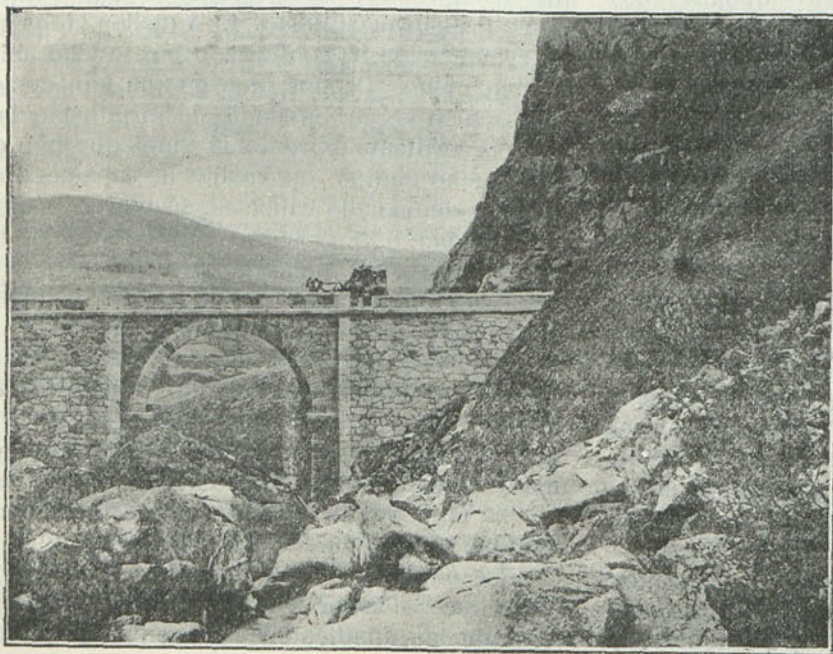
Si se emplean las cascás para la destilación, deben hacerse fermentar previamente en vasijas bien tapadas, añadiéndolas conveniente cantidad de agua en la que se diluirá medio kilo de miel por la casca correspondiente á hectólitro y medio de vino (9 cántaras.) Con ella se regará la casca bien desmenuzada, y cada día se añadirá más ó menos agua pura, caliente, á 25 grados, segun el grado de calor que alcance la fermentación, pero cuidando de destapar lo menos posible la vasija que ha de estar poco menos que llena. Para que el aguardiente salga con algo menos de la acritud y mal sabor, propios de todos los procedentes de cascás, es conveniente colgar en la vasija donde ésta fermenta, una cestita con piedras de cal, las cuales absorben los ácidos acético y butírico que se forman durante la fermentación. Hay alambiques perfeccionados que con solo la destilación de las cascás, sacan el aguardiente á 30 grados Cartier, evitando de este modo una segunda destilación. Cuando haya necesidad de practicar esta

(1) En oposición á la creencia general hoy está perfectamente demostrado que, el alcohol extraído con alambiques imperfectos aunque proceda de la uva, es inferior desde el punto de vista químico é higiénico al que se extrae con alambiques perfeccionados de otras substancias extrañas á dicho fruto, lo cual es debido á que estos últimos aparatos hacen desaparecer los llamados productos de cabeza y cola (aldehídos), que son los que comunican al alcohol sus propiedades tóxicas y empireumáticas.

(1) Tomando como tipo de fuerza alcohólica del vino del país, los 10 grados (casi siempre tiene más), se pueden extraer de una cántara (16 litros) hasta 6 litros de aguardiente de 15 grados Cartier 34 centesimales, cuyo producto debe preferirse al vino cuando éste se vende barato y no reúne condiciones para conservarse.

(2) Esto último debe hacerse en toda clase de vinos (aún cuando no se dediquen á la destilación), siempre que el pesa-mostos señale menos de 12 grados empleándose al mismo efecto la melaza.

última con los alambiques del país, debe hacerse siempre al baño-maría, que dá mucho mejor resultado. Para esto, se introducen en la caldera otra de estaño ó cobre estañada, de la misma altura que la primera, pero de menor capacidad, para que resulte un vacío entre las dos que se llena de agua; se las coloca el sombrero, y las tres piezas reunidas forman el alambique para destilar en baño-maría. Se llena de agua la caldera



DE ÁVILA Á ARENAS.—CUEVA DEL MARAGATO

grande; se pone dentro de ella la menor, llena de aguardiente hasta una altura conveniente y se cubre todo con el chapitel. Luego que el agua comienza á hervir, el calor del aguardiente que oscila entonces entre 25 y 30 grados hace volatilizar el espíritu que contiene, el cual sale muy puro y poco cargado de aldehidos, pues estos necesitan una temperatura bastante más alta para volatilizarse, siempre á condición de que haya muy poco fuego. Son tan considerables las ventajas de la destilación en baño-maría, que hasta en la primera destilación de las cascás ó del vino debiera emplearse.

Para mejorar los aguardientes, puede emplearse el álcali volatil (amoniaco líquido,) del cual bastan seis gotas por hectólitro de aguardiente para dar á éste en pocos días la finura de los años, y hacerle ganar en calidad sin perjuicio alguno de la salud. Igualmente se les hace más suaves y gratos, añadiéndoles 15 gramos de azúcar cande por litro, ó en su defecto 3 centilitros de arrope clarificado ó un poco de caramelo disuelto en té. También les favorece la adición despues del

azucar de una infusión de corteza de nueces, en cantidad de un litro por hectólitro de aguardiente ó de dos litros de ron añejo. La siguiente fórmula es muy á propósito por que lo reúne todo. Ron añejo, 2 litros; Infusión de corteza de nuez, medio litro; Amoniaco líquido, 6 gotas; Arrope clarificado, 2 litros. Se tiene todo ello en maceración por 15 días, agitando á menudo y con fuerza; pasado cuyo tiempo se deja en reposo durante 24 horas;

se clarifica por filtración y se echa en un hectólitro de aguardiente (que es la proporción á que responde la fórmula,) agitándolo mucho. Tal vez por el amoniaco atmosférico que disuelve el agua de lluvia, y el contacto de la madera, han observado algunos fabricantes de aguardiente que mejora éste, suavizándose y *enranciándose*, por la adición de cierta prudente cantidad de aquella agua recogida oportunamente y conservada seis ú ocho meses en barricas, mezclada con un 10 por 10 de alcohol bueno. Algunos añaden virutas de madera de toneles viejos buenos ó las que resultan de la fabricación de los nuevos, sobre todo, si son de roble; lo cual prueba la mucha parte que

la madera toma en la buena calidad del aguardiente, que hace que en Francia tenga tanta importancia como el anís en España para mejorar aquel producto. Por esta razón debieran abandonarse completamente las tinajas que todavía se usan en el país para la conservación del aguardiente, sustituyéndose por cubas de madera.

El fruto de la vid, con sus derivados el vino, aguardiente y vinagre, constituye la producción agrícola más abundante del partido, calculándose aproximadamente por cada año unos 15000 hectólitros de vino, 1600 de aguardiente y 1000 de vinagre, de los cuales se exportan las dos terceras partes. Por eso me he detenido bastante en su estudio, como haré con el aceite, aun cuando en ambos productos no expongo sino las prácticas más acreditadas por la experiencia, sin hacer mención de aquellas novísimas que exigen para su aplicación ciertos conocimientos y gran dispendio.

Leguminosas.

Phaseolus vulgaris, L.—Vulgarmente Alubia.
Dolichos melanophthalmus, D. C.—Vulgarmente

Garrubia ó judía de careta. Estas dos plantas se cultivan en todo el partido, pero con especialidad en El Arenal, de donde se exportan algunas. *Pisum sativum*, L.—Vulgarmente Guisante. Se cultiva en menor escala que las anteriores, y lo mismo que de estas se dan también las dos variedades: de vaina comestible y de grano tan solo. *Cicer aristinum*. Vulgarmente Garbanzo. Se cultiva en toda la zona templada, pero especialmente en términos de Lanzahita, Poyales y Candeleda. Siembran durante la primavera en tierras de secano, de antemano bien labradas y abonadas, haciendo un surco grueso en cuyo fondo se echan los garbanzos á chorrillo y como á cinco centímetros de distancia; luego se abre otro surco llamado hembrilla, por ser la mitad del primero, quedando tapada la semilla por una capa de seis centímetros. Cuando se aproxima el nacimiento de las plantas se arrastran y luego que están algo crecidas se aran á surco grueso ó se cavan á media pala de azadón, limpiándolas de las malas yerbas desde Mayo. Por supuesto que no todos los que siembran se esmeran tanto en su cultivo, pero este es necesario si se quiere que salgan de buena clase. La mayor parte se consumen en el partido, pero también se exportan bastantes de los tres pueblos citados. No son de gran tamaño, pero sí muy suaves, y por regla general de fácil cochura. (1)

Cucurbitáceas.

Cucumis melo, L.—Vulgarmente Melón y *Cucumis citrullus*, Ser.—Vulgarmente Sandía. Se cultivan ambas en toda la zona templada, pero con más abundancia en los puntos citados para el garbanzo y en Ramacastañas, de donde se exporta en bastante cantidad. *Cucurbita pepo*, L.—Vulgarmente Calabaza. Se cultiva en pequeña escala, su fruto lo aplican para la confección de morcillas.

Rosáceas.

Amigdalus communis, L.—Vulgarmente Almondro. *Persica vulgaris*, Lam.—Melocotonero. *Armeniaca vulgaris*, Lam.—Albaricoquero. *Prunus doméstica*, L.—Ciruelo. *Cerasus juliana*, D. C.—Cerezo. *Cerasus duroiema*, D. C.—Cerezo garrañal. *Cerasus caprionana*, D. C.—Guindo. *Pyrus communis*, L.—Peral. *Pyrus malus*, L.—Manzano. *Cydonia vulgaris*.—Membrillo. Todas las especies citadas abundan en la zona templada, pero las más comunes son el ciruelo, melocotonero, peral,

manzano, y las diversas variedades del cerezo. La cosecha media anual de frutas puede calcularse en unos 250.000 kilos, exportándose la cuarta parte. He dicho que se cultivan, y en realidad no hay tal cosa, pues la única vez que se ocupan de dichos árboles, es para coger sus frutos. Bien es cierto que tal abandono no se observa solamente en esta región sinó en otras muchas partes. Son completamente desconocidas, ó si se conocen, no se ejecutan, las prácticas aconsejadas por la ciencia agronómica como el abono, la colocación, los injertos, la poda, la limpia y desinfección, el tratamiento de las dos principales enfermedades que los atacan el chanero y la goma, etc. Es de lamentar esta ignorancia, porque en el caso de tener que abandonar el cultivo de la vid, ante una invasión filoxérica, podían los árboles frutales constituir una de las plantaciones que sustituyeran á aquella. (1)

Mirtáceas.

Punica granatum, L.—Vulgarmente Granado. Es de escasa importancia el cultivo de este árbol, cuyos frutos adolecen de las mismas cualidades que se mencionaron para la naranja.

Urticáceas.

Ficus carica, L.—Vulgarmente Higuera común. En la subzona fría-templada abundan mucho los ejemplares de este árbol, hasta el punto de que en algunos pueblos alimentan á los cerdos con sus frutos. Los que no se consumen de verdes se los seca al sol, exportándose en esa forma pequeñas cantidades. *Morus nigra*, L.—Vulgarmente Moral y Morera. Antiguamente abundaban bastante estos árboles, el segundo de los cuales se dedicaba á la cría del gusano de seda, pero en la actualidad han quedado bastante reducidos. *Canuabis sativa*, L.—Vulgarmente Cáñamo. Se cultiva en muy pequeña escala en las tierras frescas y sueltas.

Inglandáceas.

Inglauis regia, L.—Vulgarmente Nogal. Crece en toda la zona templada, alcanzando extraordinario desarrollo los existentes en las inmediaciones del Santuario de Chilla, término de Candeleda. Hace años abundaban mucho más, pero el excesivo precio á que lo pagaban algunas casas para dedicarlo á la ebanistería, despertó la codicia de los propietarios, que no vacilaron en cortar los mejores ejemplares.

(1) Hace poco tiempo se han llevado á cabo interesantes experiencias sobre el sulfatado del garbanzo para la siembra y de los garbanzales en verde con buen resultado para el aumento de la producción.

(1) Y aún sin llegar á ese extremo; el día que haya fácil comunicación con Madrid, serán las frutas uno de los productos que proporcionen más ingresos.

Cupulíferas.

Castanea vulgaris, Lam.—Vulgarmente Castaño común. Se cultiva en todas las gargantas del valle hasta una altitud de 1200 metros. Tienen extraordinario desarrollo algunos ejemplares del Santuario de Chilla, Gavilanes y Mijares. Lo mismo que ocurre con el nogal, también el castaño ha disminuído bastante de algunos años á esta parte, pero no ha sido por la misma causa sinó que es debido á una enfermedad especial que, lo mismo que en el resto de la Península viene desarrollándose desde 1888, disminuyendo mucho la producción del fruto y terminando por agostarlos al cabo de algunos años, sin que hasta ahora se conozca remedio para combatirla. Esta enfermedad parece ser producida por un hongo criptogámico, conocido con el nombre de *phyllosticta maculiformis*, y se cree tenga su origen en el cansancio del terreno. La castaña constituye uno de los productos de exportación del partido, alcanzando anteriormente bajo este concepto gran importancia en algunos pueblos.

Oleáceas.

Olea europæa sativa, D. C.—Vulgarmente Olivo. De este árbol se cultivan principalmente dos variedades: el olivo común de cuyo fruto se extrae el aceite y el olivo Lueques, del cual se consume la aceituna en verde. Una y otra se dan en todo el partido por bajo de los 800 metros, pero abunda mucho más la primera, constituyendo una de las principales, sinó la principal riqueza de los pueblos situados en la parte baja del valle, especialmente de Arenas y Mombeltrán. Los ejemplares de dicha planta no alcanzan el extraordinario desarrollo que en algunos puntos del Mediodía de España, (1) debido á la constitución del terreno, pues aun cuando se da en toda clase de estos no siendo demasiado húmedos, sin embargo, el más apropiado para su crecimiento es el calizo. Puede igualmente contribuir á dicho resultado el poco esmero en su cultivo, siendo así que es el árbol que necesita una poda mas inteligente y de cuya mejor ó peor ejecución, depende en gran parte su desarrollo. (2) También requiere

suficientes abonos, especialmente calcáreos, allí donde el terreno no tenga esa composición como sucede en este partido, y además necesita, no una sola labor según comunmente se practica, sinó tres ó cuatro, especialmente en los años de pocas lluvias. (1)

La aceituna que se consume en verde, se recoge en Octubre, sometiéndola, durante algún tiempo, á la acción del agua fría, renovada para quitarlas el amargor, é introduciéndolas luego en una tinaja con agua y sal hasta la época de la venta. (2) La que se destina para aceite, se recoge entre Diciembre y Enero, apaleando los ramos, práctica por todo extremo censurable, pues si bien es cierto que debido á la humedad del terreno no es conveniente aguardar á que se desprenda por sí sola, según ocurre en Andalucía, pueden emplearse otros procedimientos, como la sacudida de las ramas ó la cogida á mano por medio de escaleras portátiles; menos vale la cereza y sin embargo, se coge á mano. (3) Luego la almacenan para que complete su maduración, pero en general lo verifican rutinariamente sin método, dando lugar con tal descuido á que muchas veces fermente y produzca aceite de inferior calidad. Para evitar esto, aconsejo ensayar el sistema empleado en algunos pueblos de Aragón y Valencia, para conservar en buen estado la aceituna desde que se coge hasta que se muele, á cuyo sistema atribuyen, principalmente, la excelencia de sus aceites.

El local para la conservación lo eligen espacioso, estando el suelo embaldosado y en plano inclinado. La corriente vá á un rincón, donde se entierra una tinaja, á la cual va á parar el líquido que suelta el fruto. Recógese de este recipiente el aceite que está en la superficie, y el residuo se transporta en cubas á los olivares para regar pié por pié de oliva ó se echa á repudrir en un mon-

ras, porque su sombra perjudica á las demás; 2.^a jamás deben cortarse ramas considerables, á no ser que estén muy enfermas; 3.^a entre las ramitas del año deben suprimirse algunas de las interiores, para que las ramas de dos años, que son las únicas que llevan fruto, estén más holgadas y bañadas por el sol. Observando estas reglas, los olivos quedarán redondeados y su follaje muy igual por la parte exterior, así como desprovistos de ramas inútiles en su parte interior. Creciendo en esta forma, cuanto mayor diámetro llegue á tener la copa, más fruto podrá dar el árbol.

(1) La *negrura* y el *refilo*, dos enfermedades parasitarias que con mayor ó menor intensidad atacan á todos los olivos, son combatidas eficazmente por el azufrado, por lo que no debe descuidarse practicándolo en Mayo y Julio. La *palomilla* se presenta principalmente en Andalucía y no tiene remedio conocido.

(2) Para *matarlas* en poco tiempo se meten las aceitunas en legía muy fuerte. Era muy conveniente que los cosecheros de aceituna en verde adoptaran el acuerdo de no venderla más que en cubetas de madera que transportaran también el caldo para que no desmereciese al llegar á su destino.

(3) El vareamiento de los olivos es la causa principal (en igualdad ambos años de condiciones atmosféricas), de que su cosecha sea alta, es decir, que produzcan un año más y otro menos, porque las ramitas de año como más tiernas, se quebrantan con el vareo y al siguiente tienen que dar menos fruto, pues este solamente lo producen las ramas de dos años.

(1) En Palma de Mallorca había hace algunos años un olivo que medía 15 metros 38 centímetros de circunferencia; pero el más venerable de España es el que todavía existe en término de Jávea (Valencia), cuyo tronco mide 22 metros de circunferencia en la base y sobre él se levantan algunos brazos principales de grosor proporcional. Lo más notable de este árbol es que vegeta en tierra de calidad muy inferior, lo que no le ha impedido llegar á producir en un solo año 25 arrobas de aceite.

(2) En Arenas es donde mejor se practica la poda del olivo, pero sin embargo deja todavía que desear. Por su importancia expondré á continuación las reglas á que debe sujetarse dicha operación: 1.^a deben cortarse todas las ramas secas; todos los vástagos verticales, por que no llevan fruto; todas las ramas interiores, porque solo producen fruto las horizontales que baña el sol, y además todas las laterales que sobresalen de sus compañe-

Las uvas brillan á los rayos del sol. Grande es la variedad de sus matices, rosados, nacarinos, azabache, purpuríneos...

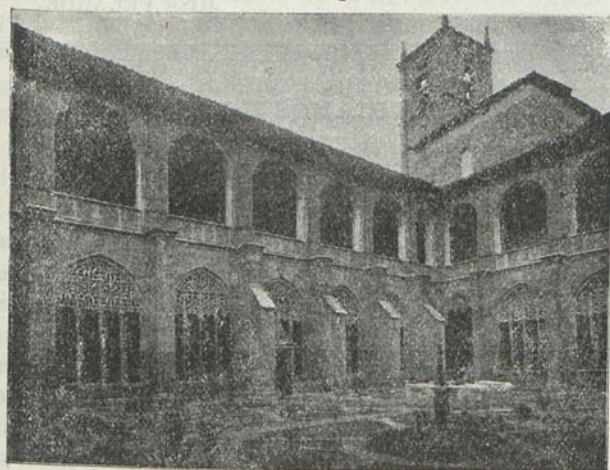
Los vendimiadores siguen sin descanso cortando racimos...

Es medio día, en el campanario de la aldea suena la campana. Todos se yerguen, y otra vez, despacio, pausados, emprenden la marcha hacia el pueblo.

La campana del alto campanario sigue tocando á medio día ¡hora de descanso! ¡hora de comer!...

Al llegar al pueblo muchos de los trabajadores han podido cumplir con el toque de la campana ¡comer! ¡descansar! y han comido con ansia un par de racimos que han tenido que quitar de las cargas de las caballerías para saciar sus hambres... y los pobres mientras el mosto les chiorrea por las junturas de sus labios con mueca idiotizada por los sufrimientos del campo, sonríen... sonríen.

ARTURO PÉREZ ROCA.



NÁJERA.—Cláustro del Monasterio de Santa María la Real

RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO

EL POETA ZORRILLA

Era la tarde del 15 de Febrero de 1837. En el cementerio de la puerta de Fuencarral, un numeroso concurso se apiñaba en derredor de un joven desconocido, delgado, pálido, de larga cabellera y expresivos ojos, que, acongojado y convulso, leía, ante un féretro adornado con una corona de laurel, una sentida poesía.

El concurso lo formaba todo el Madrid artísti-

co; el féretro encerraba el cadáver de Larra poeta era Zorrilla.

Aquella tarde fría y nebulosa fué solemne; vió la conjunción de dos crepúsculos. Un sol se alzaba en el oriente de la literatura al hundirse otro sol en el ocaso.

A los desgarradores acentos de «La noche buena del poeta», de Figaro, último canto del cisne moribundo, cuyos ecos aún estremecían el aire, se unieron los acordes del arpa de Zorrilla, primeros cantos de la alondra al alba.

España, al perder al más grande de sus críticos, encontró al más popular de sus poetas.

Desde aquel día, la Fama fatigada va dando á todos los vientos el nombre del vate inmortal. Desde aquel día, sus estrofas sublimes palpitan en todos los labios, y, como la voz divina, despiertan la inspiración en el alma de la juventud y la lanzan á la vida del arte.

Poeta formado de las entrañas de su pueblo, sus ideas, sus sentimientos, aunque universales por lo que tienen de humanos, son ante todo españoles; tanto que al vibrar su lira nos parece escuchar el acento de la patria.

Vário y múltiple en sus concepciones y en la manera de expresarlas, ora arrebatado, elocuente y profundo, ora tierno, sencillo y vulgar, siempre ameno, siempre inesperado, siempre poeta, pulsa todas las cuerdas y se reviste como Proteo de todas las formas para llegar á todos los corazones.

Tiene su poesía algo de la ola que se hace espuma, de la luz que se quiebra en colores, de la flor que se disuelve en aroma, algo, en fin, de lo bello, inmateralizándose para confundirse en lo infinito; y es, que así como la larva ha de trocarse en mariposa para volar, la poesía ha de espiritualizarse para subir al cielo, que es su patria verdadera.

Hay una poesía que jamás envejece, que no puede morir, que halla eco en todas las almas y hace latir al unísono todos los corazones; lenguaje universal que entienden el niño y el viejo, el ignorante y el sabio, y es la poesía de la naturaleza.

Y la naturaleza es la musa de Zorrilla, le da sus colores, le presta sus armonías y encarna en sus versos que nos repiten los gemidos del lago, las endechas del ruisëñor, los estremecimientos del trueno, y nos pintan la nube que se tornasola, la espuma que buñe y el árbol que florece.

Zorrilla ha sido anatematizado por los retóricos que jamás han previsto á los poetas ni los han comprendido, preciándose de las medianías que siguen sus reglas y odiando al génio que las deshace. Siguió cantando el poeta y cayeron en el

olvido las odas ampulosas, frías y limadas, y surgió la poesía del sentimiento y se ensancharon los horizontes del arte.

¡Siempre la misma lucha entre el sabio y el poeta, y siempre el poeta vencedor!

Las murallas que guardan lo desconocido, son de cristal para el génio que penetra en el fondo de lo insondable. La obra del sabio es perfectible, la del génio perfecta; aquel aprecia los pormenores, éste abarca el conjunto; el uno halla, el otro crea; el sabio, para meditar, se inclina hacia la tierra; el poeta, cuando canta, mira al cielo; y es que el uno no va más allá de lo humano, y el otro se remonta á lo divino.

Zorrilla venció. Hoy todos le respetan. Ni la envidia le muerde, pues, ni arrastrándose, puede escalar la montaña de laureles que le sirve de pedestal.

¿Y cómo no respetarle, si las doradas ilusiones, los dulces recuerdos y los sueños juveniles de nuestras dos últimas generaciones están iluminados por el fuego de la inspiración del gran poeta? Si; sus versos fueron lo primero que balbucearon después de las plegarias maternas; y aquellas impresiones, como el troquel en el metal, han dejado un sello imborrable en las almas.

Poeta de la tradición, á su mágico acento, los héroes castellanos se alzan de sus sepulcros de piedra apercebidos al combate; desfila la comunidad por el claústro sombrío de la gótica abadía, salmodiando sus preces al rayo misterioso de la luna; aparece el castillo feudal entre los riscos y brenas de la montaña; se coronan de arqueros las almenas, suspira la hermosa castellana al escuchar la enamorada trova; baja rechinando el puente levadizo para dar hospitalidad al peregrino, y el terrible señor de horca y cuchillo apresta su mesnada ó se lanza venablo en mano, azuzando la jauría por el bosque enmarañado persiguiendo al colmilludo jabalí. Ahora surgen la tapada, el rodrigón ceñudo, la dueña mediadora y el doncel galanteador; ahora se acuchillan en la tortuosa callejuela dos rondadores de una misma dama, á la luz mortecina de un retablo, ó bien se puebla de cármenes y harenas la vega granadina, y resuenan en el Generalife los ecos de la zambra, y el sarraceno corre la pólvora, y, como sol entre nubes, asoma al calado ajimez la hermosísima sultana exclareciendo el día con la luz de sus ojos.

¡Qué poder el del génio! En vano curiosos eruditos é historiadores concienzudos se afanan en dar á conocer el verdadero carácter de D. Pedro de Castilla, en probar la muerte del rey D. Sebastian en el inhospitalario suelo de Africa, y en negar la vida borrascosa de Mañara, ó sea de don Juan Tenorio.

¿Quiénes les han de creer? Para el pueblo, para todo el mundo, no hay más D. Pedro de Castilla que el del *Zapatero y el Rey*, ni otro D. Sebastian que el de *Traidor, inconfeso y mártir*, y D. Juan Tenorio fué sevillano y mató al Comendador, y amó á D.^a Inés, y cenó con los muertos y se fué á la gloria; porque no ha habido, ni hay, ni habrá jamás verdades más creídas, más amadas y más libres del olvido que las creaciones del génio.

Las obras de Zorrilla vivirán siempre. El fuego de la inspiración, que algunos creen fuego fátuo, es como la lava que se endurece y adquiere la consistencia del bronce para resistir al tiempo. A más, que la mano del «Cristo de la Vega», al desclavarse para jurar, decretó la inmortalidad de nuestro poeta.

¿Cómo premia la patria los merecimientos de su esclarecido hijo?

Hoy que la edad le agobia y el trabajo le fatiga, le ha retirado la modesta asignación con que vivía y lo ha abandonado á la miseria, sin duda para que ciña á un tiempo á sus sienes la corona de laurel de la poesía y la de espinas del martirio.

JOSÉ VELARDE.

ASTURIANOS ILUSTRES

EL CONDE DE TORENO

El Conde de Toreno era pequeño de estatura, rubio y sonrosado de rostro, de atildadas maneras y de porte elegante y no desprovisto de majestad. Opulento magnate, con hábitos de sibarita, recibía en sus salones á la flor de la aristocracia, menudeando en su obsequio saraos suficientemente suntuosos, para que sus enemigos encontraran en ellos sobradas ocasiones de zaherirle.

Aun en los últimos años de su vida, vestía con extremada elegancia, solía lucir ricas joyas, alfileres de brillantes y cadenas de oro, al par que manejaba el lente con la coquetería de un almibarado mancebo y con el talante desenfadado y magistral de un hombre de mundo. Agasajador y rumboso con sus iguales, dotado de una desdenosa altivez para sus inferiores, sabía hacerse respetar mejor que querer. Tal vez hubiera estrechado lazos de amistad con los personajes más importantes de su tiempo, si de creencia en creencia no hubiera degenerado en el excepticismo, tanto por el desengaño como por el orgullo.

Como orador, hacía punta por la precisión y encadenamiento de sus ideas; tocaba con tino todas las cuestiones: aducía oportunos textos y sacaba legítimas consecuencias en apoyo de sus

doctrinas. Culto en sus discursos, aunque no galano, se le escuchaba con atención profunda: en la réplica no tenía rival, su acento melifluo aspiraba á persuadir á su auditorio; á la menor provocación se mostraba incisivo, sarcástico, acerbo, sin medida, y con meloso tono dirigía á sus adversarios frases crueles, que llegaban á ellos, no como el franco tajo de la espada, sino con la fría cautela del puñal. De su habilidad para estos ataques, es buena prueba el que, á pesar de haber dirigido terribles acusaciones, no tuvo jamás un desafío.

No es sin embargo, en la tribuna donde conquistó el título más legítimo para que su nombre se perpetúe de generación en generación. *El Conde de Toreno*, á los ojos de la posteridad, es y será siempre historiador.

Su *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*, á pesar de sus defectos, debe ser tenida como un monumento de las glorias nacionales. Campean en los cinco tomos de que ésta se compone, un orden recomendable, una concisión extraordinaria y una elegancia fascinadora. Estudiando á los modelos de la antigüedad, figura *Toreno*, las más de las veces, como analista; discute poco; narra briosamente, con abundancia de hechos y parquedad de doctrinas; dibuja y colora los retratos de todos sus personajes con exactas y hermosas tintas; describe con pincel maestro las marchas, movimientos, sorpresas y emboscadas de las guerrillas, y, á no ser porque peca de parcialidad en no pocos pasajes, su *Historia* pudiera competir con las más renombradas de España y del extranjero.

Como estilista, es puro, enérgico, vigoroso y lleno de lozanía, pero tampoco en este punto está completamente libre de lunares. El abuso de arcaísmos y de locuciones, hoy fuera de uso; cierta dureza y tirantez de la frase y la costumbre de introducir giros más rotundos que naturales y espontáneos, deslucen á veces las indiscutibles bellezas de forma que, por donde quiera, esmaltan su libro.

De sentir es que la prematura muerte del *Conde de Toreno* privara á la literatura de otra obra que, sobre la *Dominación de la dinastía austriaca en la monarquía española*, se disponía á escribir. En ella tratándose de sucesos menos propensos á ser tocados con la parcialidad de quien ha sido actor y autor, hubieran campeado más desembarazadas las brillantes dotes del personaje insigne de esta biografía.

R. B.



ZARAGOZA.—MONUMENTO Á LOS SITIOS

COSTUMBRES REGIONALES

LOS « LUCHES »

Eran ya las cinco de la tarde. Todo parecía en calma bajo aquel sol cuyos ardores cruzaban el ambiente en oleadas de fuego. Dormía la aldea, tranquila y silenciosa. Dormían allá abajo los pueblos recostados en el regazo del valle, que aparecía como un lago lejano de esmeralda brotado en un repliegue de la tierra. Los campos agostados de la llanura, con sus poblados surgiendo entre las manchas de los verdes cultivos, parecían sentir también el aliento seco de aquella siesta calurosa y susurrante. El suelo, viejo ya, descubría las arrugas de su frente en los surcos rasurados por la hoz, y mostraba su amarillenta desnudez, que el sol aun seguía castigando con llamaradas de fuego. Arriba dormitaban los montes, en cuyas cañadas y laderas reverberaban los rayos del sol, que iba tiñendo el cielo de un color plomizo. Y más arriba, allá lejos, muy lejos, en el último límite, erguía la montaña azulada, rasgando las nubes con los agudos peñascos de sus cimás, como púas enormes que peinaban los flecos agrisados de aquel cielo.

El pueblo parecía querer tomar parte en el sueño de la tierra, abrasada por la lumbre de

aquel sol; y, sintiendo el empacho de tanta gente, iba expulsando de su seno, como para dormir mejor en calma, á la muchedumbre inquieta y bullidora, que acudía á reunirse al campo y se apelotonaba allí en informes grupos, para disfrutar de la fiesta á su placer.

La era ofrecía el aspecto de una inmensa alfombra, cuyo amarillento verde rasgaban las manchas de sol, los grupos compactos de aquella multitud y los rastros que las mieses, antes de ser recogidas, habían dejado allí al despedirse de la madre tierra dándola el último beso de amor.

Divertíase la gente del pueblo. Todos, endomingados, tomaban parte en aquel regocijo. Allí en medio del campo se jugaba y se bebía; bailábase también. Lloraba sus notas la dulzaina, como oprimida por el ronco trepidar del tamboril. Danzaban las mozas, puestas en doble fila, agitando las sayas de rameado dibujo y los pañuelos de seda de color canario, que, en torno del cuello, caían sobre los otros ceñidos al talle y sembrados de flores, y aleteaban con sus puntas como pájaros sujetos al ritmo de la danza. Hería la pólvora con sus detonaciones aquella atmósfera opalina. Disputábanse algunos mozos el campeonato de la agilidad, mostrando en carreras locas y desenfrenadas la ligereza de sus pies. Y todos bullían, produciendo un zumbido monótono, como el de una gran colmena que sintiera fiebre de actividad y de trabajo.

Pero al fin cesaron las carreras, interrumpióse el baile, terminó el jugar, se suspendió el beber y todos se sintieron atraídos por los gritos de entusiasmo que anunciaban el número emocionante de la fiesta.

—¡Los *luches*! ¡los *luches*!

Los *luches* iban á empezar.

Formóse el corro en medio del campo, y todos, confundiéndose, se apiñaron allí: los naturales del pueblo y los demás comarcanos venidos de cinco leguas á la redonda para presenciar aquel desafío entre la *Terruca* y la Ribera.

Comenzaron aquel certamen varios muchachuelos, iniciados ya en tales ejercicios de resistencia física: cachorros ya avezados en los alardes de vigor; brotes tempranos de aquel plantel de atletas para quienes la fuerza en los músculos era la primera virtud del hombre.

El juego infantil terminó, y retiráronse los diminutos héroes para dar paso á los grandes. Todos los espectadores se hicieron entonces atrás, y el corro, aquella corona inmensa y de abigarrado color de boinas y sombreros, se dilató considerablemente, dejando ancho espacio á los mozos que habían de tomar parte en el desafío.

Por los dos bandos contendientes se presen-

taba lo más florido, lo más granado, lo mejor de la mocedad. Hombres altos y gallardos, recios como columnas, flexibles como el acero, intrépidos, resistentes, fornidos, vigorosos...

Cuerpo á cuerpo, de dos en dos y sucesivamente, comenzaron los luchadores aquel pugilato de fuerza y maña. Antes de entrar en el corro, se descalzaban los férreos zapatos, que quedaban fuera, como babuchas, en aquel templo de la destreza y del vigor. Y descalzos, y casi desnudos, se buscaban para asirse el que, después de vencer á su anterior rival, esperaba á otro en medio de aquel anillo, y el que entraba de repuesto á defender su bando y á emprender de nuevo la interrumpida lucha.

Ya se sabía: en aquel torneo no eran admitidos más jueces que el voto popular; ni otras reglas que la costumbre.

Todos contemplaban anhelantes aquella porfía. Las cabezas, juntas, apiñadas en torno del corro, semejaban un mar multicolor y de inquieto oleaje. Estrujábanse unos á otros, confundiéndose en apretado haz y pestañeando furiosamente bajo aquel sol que retostaba sus caras bronceadas, renegridas, y que hacía de ellas brotar, como de sucios filtros, un sudor pegajoso y negro.

Los viejos recordaban, contemplando el original combate, los buenos tiempos en que un hombre solo se sostenía luchando un par de horas y tendía en tierra veinte ó treinta contrarios. ¡Aquéllos eran *luches*!

Mostrábanse ensoberbecidos los ribereños, augurando una completa derrota á los luchadores de la tierra alta. A ver quién era el guapo que se atrevía con sus mozos, fuertes como castillos, con piernas de bronce y garras de león. Y en tanto los de la *Terruca* escuchaban bravatas tales con ceño fiero y mirada torva.

La Ribera!... ¿Qué se creía la Ribera? Porque hubiese vencido en otros pueblos ¿había de ser siempre igual? Pues qué, ¿así de cualquier modo se dejan vencer los hombres? ¡No, recristina! Iban á ver ellos quiénes eran los de la *Terruca*. Por algo habían recibido sus *lecciones* de la Montaña.

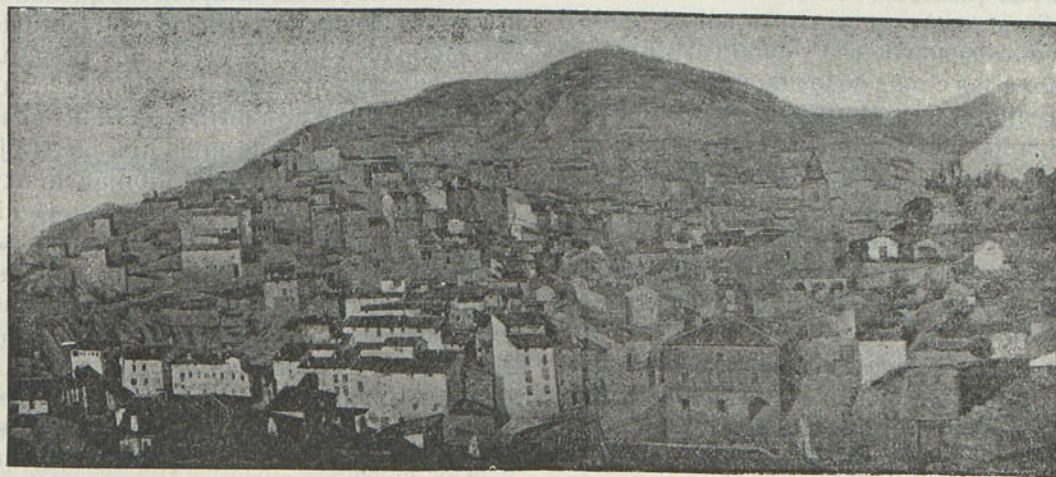
Y el corro, aquella hidra de mil cabezas, aquel mónstruo anular agitado por impresiones distintas, por diversos impulsos, ondulaba estrechando el espacio á los luchadores, que, enardecidos por los gritos y reniegos de aquel gentío, continuaban su pelea cada vez con más ardor.

La contienda había adquirido ya su mayor interés, y la emoción que á todos dominaba era intensísima. Aquellos hombres parecían héroes homéricos. Eran ya bastantes los que habían caído, pero otros quedaban; y cada nuevo luchador que aparecía en mitad del corro provocaba

formidables gritos entre los labriegos entusiasmados. Y la lucha volvía á empeñarse. Y los dos atletas se agarraban sujetándose por la cintura; y, confundidos los dos en uno, la cabeza acostada sobre el hombro del rival, encorvado el dorso, vi-brando bajo la presión de las garras contrarias, tentándose, arrastrándose uno á otro en estreme-cido vaivén y acechándose mutuamente con el mirar avisado del tigre que busca un descuido, movían sus pies en danza extraña, como poseí-dos de un vértigo, y se estrujaban furiosamente con sus brazos nudosos, para ver de tumbar en tierra el cuerpo que oprimían. Mostraban descu-bierto su pecho velludo por entre la burda cami-sa que se recogía arrugándose con los pliegues del sudor en que se bañaban sus dueños, quienes se volvían á buscar con más ahínco, y, sudoro-sos, jadeantes, lanzando resuellos entrecortados, con los rostros encendidos, los labios convulsos

prodigios de vigor y de destreza; estremecíanse y saltaban en bruscas sacudidas; daban vueltas otras veces con pausado giro, flemáticos, calmo-sos; quedaban repentinamente fijos en la tierra, clavados allí, como si de pronto nacieran en sus talones anclas invisibles que les adhiriesen al suelo; y proseguían después aquella disputa, te-naz y sorda, en que ni el más leve crujir de un hueso se escuchaba—que en ello consistía el mé-rito de aquella fiesta de la *maña* y del *poder*—has-ta que al fin, ante el esfuerzo desesperado del uno, caía el otro luchador, el rival vencido: y caía de espalda, arqueándose sobre la tierra, como un muelle de acero que salta vibrante al sentirse roto.

En derredor de la palestra, los espectadores seguían con creciente interés las mudanzas y al-ternativas de la lucha. Ya defendían el temple de músculos de un luchador, ya elogiaban la astuta



y las fauces secas, herían la tierra con furia, hundíanse los puños en los vacíos y se oprimían con desesperado esfuerzo y con ansia angustiada y febril, sintiendo que se hinchaban sus venas, próximas á estallar bajo la piel terrosa, en la que se iban marcando oscuras aristas de sangre vio-lácea.

Retemblaba el suelo bajo los pies desnudos, y la hierba, oprimida, deshecha, soltaba nubecillas de dorado polvo: sutil incienso que la tierra, al sentirse acariciada por la brisa ardiente de aque-lla tarde, ofrecía, cual homenaje mudo, al esfuer-zo prodigioso, al vigor sobrehumano.

—¡No es caída! ¡no es caída legal!—gritaban los del corro cuando uno de los luchadores con-seguía lanzarse al suelo de bruces: suerte casi siempre intentada; último recurso del más débil ó del menos mañoso. Y apenas caídos, ya esta-ban de pie y agarrados de nuevo. Al quedar inde-cisa la victoria, *no se daban hato*: volvían á sus

destreza de otro; ó discutían la validez de un *lu-che*, ó disputaban sobre la legalidad de una caída. Cualquier detalle, el menor incidente provocaba en el corro discusiones y protestas apasionadas. Quién apostaba en favor de los suyos medio cán-taro de vino; quién, un cántaro; quién más de uno... pero todos apoyaban sus apuestas en la misma *base líquida*. Gesticulaban con los brazos en alto y crispados los puños, gritando enfureci-dos, dirigiéndose mil amenazas, desafiándose con los ojos, emplazándose para otros *luches*... Y los gritos de aquel mónstruo, de la hidra de mil cabezas, del gran anillo móvil de carne hu-mana, resonaban vibrantes, rasgando aquella at-mósfera saturada de calor...

Caía la tarde. El sol, refugiándose tras su pa-rapeto de vapores anaranjados, enviaba su últi-ma luz á las cumbres de los montes, que pare-cían ceñirse cascos de oro de verde cimera.

La Ribera vencía: no cabía duda. Inútil ya to-

da esperanza de desquite. La *Terruca* veía cómo quedaban fuera de combate sus luchadores, cómo iba desapareciendo por completo el grupo de sus combatientes...

Era un luchador terrible. La Ribera podía sentirse orgullosa: ya se veía que tenía hombres. Con aquél bien podía vengar la Ribera la pérdida de los demás. Aquél era incansable. Desde que él había salido, cuantos luchadores la *Terruca* presentara habían rodado á los pies de aquel coloso de gigante fuerza. Ya no quedaban más que tres... quedaron dos... ¡quedó uno!... Y todos desaparecieron, como engullidos por aquel terrible Gadarío, por aquel nuevo Milón de Crotona...

La hidra se conmovió. Rompióse el corro en cien pedazos. El griterío se hizo formidable. Los reniegos que, con el rostro amoratado de rabia, lanzaban los de la *Terruca* eran contestados por las estentóreas voces de triunfo de la Ribera, segura al fin de que había vencido.

El sol llameó por vez postrera, envolviendo á las nubes en cascada de oro y dando el último beso de fuego á las cimas de los montes, coronados de fronda virgen. Los campos fueron tiñéndose de los azulados tonos que presagian las sombras de la noche. Con la luz del sol iba á terminar la fiesta. Y los vencidos se dirigían miradas de angustia, interrogándose con los ojos... ¿No había quien luchara? ¿Iban á dejarlo así? ¿Recristina! ¿Pero es que no había nadie? ¿Ya se habían acabado los *tuches*?

No, no se habían acabado. Había quien luchara aún. Y el gigante victorioso se halló frente á un nuevo luchador. Era alto, delgado, de gallardo aspecto y de mirada serena y fija. Ya no era un *mozo*, pero era un *hombre*.

—¡Corro! ¡Atrás todos! A ver...

Y el círculo volvió á surgir como azulada mancha que va extendiéndose. Todos callaron: la ansiedad es muda, y aquella ansiedad era grandísima... ¡Qué silencio!... Se agarraron como quiso el vencedor—que á él le correspondía la *mano* según las leyes—y quedaron fuertemente asidos. La lucha comenzó, y, apenas empezada, comprendieron todos que aquel desafío iba á ser el más tenaz, á pesar de que el ciclope trató desde el primer momento de desembarazarse de aquel inesperado enemigo. Era una lucha grandiosa y titánicos los esfuerzos de ambos combatientes, pero el nuevo luchador, que se mantenía á la defensiva, esquivando los ataques, iba perdiendo terreno ya. De pronto el gigante, con sus recios brazos, levantó á su rival en vilo, y, sacudiéndole en el aire con brutal impulso, se entregó á un giro loco, desatado, aterrador... Era un torbellino febril. Producían vértigo aquellas vueltas rápidí-

simas que ambos daban, uno en el suelo y otro en el aire... Pero lo inaudito faltaba aún... ¿Cómo fué?... Imposible explicarlo. Es lo cierto que el coloso cayó, que cayó vencido, que rodó maltrecho por tierra, produciendo el estrépito sordo del grueso roble que, abatido por su pie, se derrumbaba ya para siempre.

La campaña se estremeció. Los gritos de antes eran aullidos ahora, rugidos de fieras que recobran la libertad. Pero cesaron al ver que aún quedaban dos luchadores de la Ribera. La pelea fué breve: ambos cayeron á los pies de aquel atleta, de fuerza nerviosa, *fin*a, y de una destreza ya insuperable.

En triunfo le llevaron hacia el pueblo. La *Terruca* había vencido, gracias á aquel hombre. Las voces de júbilo eran para oírse en toda la comarca. ¡Al pueblo á celebrarlo! ¡la Ribera también! Otra vez sería ella la que venciese.

Anohecía ya. La campaña fué quedándose sola y muda. Escuchábanse las canciones del pueblo, entonadas con la fuerza que respira lo que brota del corazón. Seguía gimiendo la dulzaina, acompañada del tamboril. Los pájaros lanzaban los últimos gorgoros de aquel día. Las ovejas, que allá en las laderas parecían dibujar un extraño y viviente mosaico, dejaban escapar sus balidos débiles, confundidos con el tinea de sus esquilas. Venía de allá la respiración de los montes, como aliento cansado que abatía suavemente las copas de los árboles y cosquilleaba entre las hojas, refrescando los ardores de la brisa estival. Y todo, todo juntamente: brisa y gorgoros, árboles y hojas, gritos y balidos, gemidos y canciones, parecían sumirse en la noche que llegaba, hundiéndose en la sombra, apagándose en la lejanía, perdiéndose en el silencio misterioso que acompaña al anochecer...

Y cuando aun las voces y los gritos se oían allá en el pueblo, tocaron el *Angelus* las campanas de las aldeas esparcidas por la llanura, dejando oír sus ecos perdidos por aquellos contornos y contestándose unas á otras como centinelas de una ciudad sitiada que se enviasen el alerta con lenguas de bronce. Sus sonidos lentos, ásperos y quejumbrosos convidaban á la quietud sublime del atardecer, y parecían obligar al reposo de la naturaleza, á la calma de la noche, como si tan sólo viniera para imponer silencio á aquella raza de Titanes...

H. GARCÍA LUENGO.

León 24 de Noviembre de 1908

LEÓN: 1908.—Tipografía de Mariano Garzo.